

TOCAR TIERRA: HACIA UNA SOLIDARIDAD GLOBAL

Introducción

La pandemia del COVID-19 ha puesto en evidencia los puntos débiles de la progresiva globalización que se ha producido en últimas décadas: el afán por producir, consumir y crecer, que se ha expandido por todo el globo terráqueo a través de redes insostenibles de explotación y desigualdad, se ve truncado cuando topa con un antagonista viral que utiliza las mismas vías para extenderse globalmente, poniendo en peligro a millones de vidas humanas. Como los virus son *parásitos*, que usan a los seres humanos y otros organismos para moverse y replicarse, viajan a la misma velocidad que ellos y por las mismas vías de comunicación, pero interrumpiendo su funcionamiento.

En el pasado ha habido otras pandemias, como la peste en el siglo XIV y la gripe del 1918, que también han sido, en cierto sentido, globales. Lo que distingue la progresiva globalización más reciente de otros procesos globales del pasado es la velocidad acelerada a la que las actividades económicas y sociales tienen lugar y el derrumbe de barreras que antaño restringían dichas actividades.¹ Si la gripe de 1918 tardó días y semanas en llegar de un continente a otro, hoy es una cuestión de horas. Y si un producto fue fabricado en el mismo país y puesto en venta en el mismo continente a mitad del siglo XX, hoy muchos productos son *cofabricados* en hasta cinco o seis lugares distintos del mundo, y es también donde acaban siendo vendidos: en el mundo entero.

El sistema capitalista, dirigido sobre todo por las empresas multinacionales y los mercados financieros, aprovecha la aceleración y las fronteras abiertas para empujar las sociedades hacia un crecimiento supuestamente ilimitado que se basa en explotar poblaciones en un lugar del mundo, que trabajan por un sueldo indigno, y vender lo producido en otro lugar para sacar la plusvalía y acumular riqueza.² Aparte de crear unas desigualdades flagrantes entre los que tienen y los que no tienen recursos, dichos procesos económicos tienen, a nivel global, un impacto sobre el medioambiente sin precedentes: desgastan energía y recursos sin reponer, contaminando y agotando los ecosistemas, pero como sólo se ven los resultados devastadores a largo plazo, dan la sensación de que aún queda tiempo para pararlos.

Con el virus, que apareció por primera vez en China a finales de 2019 y que desde entonces ha llegado prácticamente a todos los rincones del mundo, es distinto: apenas da tiempo y tiene un impacto tan virulento, sobre todo en los mayores de 50 años, que la gran mayoría de países del mundo se han visto forzados a replegarse y confinar a sus ciudadanos. A este antagonista viral y efímero, pero a la vez impetuoso, la comunidad científica ha dado el nombre de SARS-CoV-2, para clasificarlo junto con su antecesor más reciente que brotó en 2002-03. El virus nuevo es suficientemente contagioso y letal como para parar medio mundo y así poner freno a la globalización.

¹ Cf. Douglas, Ian R., "Globalization as Governance: toward an archaeology of contemporary political reason", en: *Globalization as Governance* (ed. A. Prakash y J. A. Hart), London and New York: Routledge, pp. 147-48. Y también: Rosa, H., *Beschleunigung*, 11. ed., Frankfurt am Main: Suhrkamp, 2016, pp. 164-68.

² Para un análisis más pormenorizado de la relación entre el capitalismo, la explotación y la obtención de plusvalía, véanse el artículo de Camino Jeremías en la presente publicación.

Mientras los científicos trabajan día y noche para producir una vacuna o unos paliativos con los que se puede tratar los síntomas del COVID-19, toca reflexionar, con las palabras de Slavoj Žižek, sobre “qué es lo que falla en nuestro sistema” para causar una pandemia a nivel global, a pesar de ser avisados por expertos en varias ocasiones”.³ Para prepararse y prevenir contra nuevas crisis en el futuro, no sólo pandémicas, sino de cualquier índole patológica, será imprescindible identificar los factores nocivos detrás y las posibles conexiones entre ellos.

Aceleración sin límites

El origen de la pandemia del COVID-19 se encuentra, con toda seguridad, en la llamada zoonosis que viene a ser la transmisión de enfermedades infecciosas entre seres vivos y más específicamente de animales vertebrados a seres humanos. Es muy probable, aunque haría falta estudiarlo más, que los brotes recurrentes de zoonosis en las últimas dos décadas, de SARS-CoV-1, la gripe aviar, la gripe A, MERS-CoV y el ébola, hayan sido provocadas por la intensificación de la destrucción de hábitats naturales y el consumo masivo de carne animal por todo el mundo.⁴ Como una consecuencia directa de estos procesos, los límites entre los seres vivos en la Tierra quedan desdibujados hasta que microbios y enfermedades que solamente circulaban entre animales de una misma especie pasa a otras especies.

La fuerza, con la que se impone la globalización, se alimenta de la falta de límites y fronteras entre personas y productos que, en su paso de un lado del mundo al otro, encuentran cada vez menos obstáculos y barreras. Aunque esta evolución tiene unas ventajas obvias para el sistema económico, que consigue aumentar la productividad, el intercambio de productos y las expectativas de crecimiento en los mercados financieros, expone a los seres humanos a ser reducido a un eslabón más en la cadena del perpetuo progreso sin poder protegerse y prevenir contra los eventos, a veces catastróficos, que causa el afán globalizado por seguir creciendo sin límites.

Ya no sólo corremos el peligro de no reconocernos en lo que hemos producido y de convertirnos en productos nosotros mismos, el efecto de alienación (*Entfremdung*) del capitalismo sobre el que nos avisó Karl Marx. Tampoco estamos únicamente allí, a disposición de ser útiles dentro de un encadenamiento tecnológico desafiante (*Gestell*), como señaló Martin Heidegger, sino que uno de los efectos más inquietantes de la globalización, presente en la vida diaria de la mayoría de las personas, es que nos vincula con gente y lugares lejanos por el mero hecho de *estar-en-el-mundo* y nos lleva constantemente, a través de los nuevos dispositivos conectados a Internet, fuera de

³ Žižek, S., *Pandemic*, New York and London, OR Books, 2020, p. 4.

⁴ Cf. Gosalvez, E., “How Habitat Destruction Enables the Spread of Diseases like COVID-19”, NC State University, el 22 de abril de 2020, [disponible en: <https://cnr.ncsu.edu/news/2020/04/habitat-destruction-covid19/>]. Cf. Shield, C., Coronavirus pandemic linked to destruction of wildlife and world’s ecosystems, *Made for minds*, el 14 de abril de 2020, [https://www.dw.com/en/coronavirus-pandemic-linked-to-destruction-of-wildlife-and-worlds-ecosystems/a-53078480]. Cf. Vidal, J., “‘Tip of the iceberg’: Is our destruction of nature responsible for Covid-19?”, *The Guardian*, el 23 de marzo de 2020, [disponible en: <https://www.theguardian.com/environment/2020/mar/18/tip-of-the-iceberg-is-our-destruction-of-nature-responsible-for-covid-19-aoe>]. Sobre la causalidad entre la zoonosis, la globalización y el agrocapitalismo, véanse también las aportaciones de Brais Arribas y Teresa Oñate y Zubía en la presente publicación.

nosotros mismos para consolidar dichos vínculos. La pandemia actual demuestra con claridad que estamos expuestos físicamente a lo que hacen y cómo actúan en nuestras antípodas, de la misma manera que estamos potencial o actualmente vinculados con personas por todo el mundo a través de realidades virtuales, en las que también existen miles de virus que aprovechan la falta de límites para extenderse rápidamente por tantos sitios como posible.

Es innegable que el *World Wide Web*, que ha hecho posible acelerar aún más los procesos de la globalización, facilita la comunicación y el intercambio abierto de ideas, creando así un nuevo espacio público, pero su fuerza dispersora es de tal magnitud que exige un esfuerzo consciente de cada persona para no acabar alternando entre estar allí (*Dasein*) y estar allá (*Dortsein*). Los propios dispositivos, como los *smartphones* y *ipads*, no tienen límites incorporados, sino que los tendremos que establecer nosotros si queremos guardar un contacto con lo nos rodea y cuidar de nuestra existencia como seres encarnados que tenemos nuestro propio biorritmo. El ritmo acelerado de la globalización es de 24/7 y va al mismo paso del “dinero que nunca duerme”, como reza el subtítulo de la película *Wall Street 2*. Los seres humanos que aspiran a seguir este paso acabarán quemándose de un modo parecido a cómo la vida en la Tierra sufre de sobrecalentamiento, debido a la actividad frenética y altamente contaminante de la humanidad que apenas se permite un descanso en medio de la carrera por llegar más lejos y más alto.

Los principales factores nocivos de la globalización se fomentan y crecen entre sí: la falta de barreras permite acelerar el ritmo de la vida humana que se encuentra, más que nunca, expuesto a procesos que no conocen fronteras ni límites. Con la pandemia estos procesos globales han tenido que ser interrumpidos. Colándose sobre todo en las redes de transporte por donde transcurren los procesos de la globalización, el SARS-CoV-2 infecta de manera masiva a grupos de personas, cuyas vidas están, de repente, en juego, lo cual ha llevado a la mayoría de los gobiernos en el mundo a poner límites a la globalización. Las vías de transporte se convierten en vías de transmisión que necesitan ser primero cortadas y luego vigiladas para reconducir las sociedades hacia un estado normalizado.

Lo que la pandemia pone a manifiesto es que hemos creado un sistema que no sabe parar a tiempo, y cuando está forzado a parar, se deshace y muestra todas sus disfunciones. Es cierto que con la tecnología avanzada que hemos creado, disponemos de un sistema que apenas está afectado por la pandemia y que nos permite seguir con muchas de las actividades vitales, por ejemplo, las de comercio y de enseñanza, e incluso es posible hacer un seguimiento de las personas infectadas para evitar que el COVID-19 se propague más. No obstante, debemos preguntarnos si queremos seguir viviendo en un sistema insostenible que se rompe regularmente por dentro debido a sus propias disfunciones, o si queremos crear un mundo sostenible donde la tecnología no nos tiene que sostener ni salvar, sino constituir un medio más para vivir mejor juntos.

La huella ecológica y la desconexión con la Tierra

De la aceleración sin límites en ámbitos como la economía, el transporte y el trabajo surgen otros efectos nocivos que pueden explicar cómo la globalización está relacionada con el cambio climático y por qué los países occidentales no reaccionaron antes al peligro inminente de la pandemia. El incremento de la velocidad y el control de

los movimientos por todo el planeta a través de programas y pantallas hacen que “las distancias se acerquen”⁵, creando la ilusión de poder moverse libremente sin encontrar ninguna resistencia y de disponer de todo tipo de lujos cada día durante todo el año. Lo que no tenemos en casa, las empresas nos lo quieren vender u ofrecernos viajes a destinos exóticos.

Aunque la mayoría de los habitantes de la Tierra estamos más conectados que nunca, el crecimiento ilimitado y acelerado, que sobre todo tiene lugar en las metrópolis más grandes del mundo, nos aleja y nos hace olvidar fácilmente la fuente de todas las riquezas: la Tierra. Cuando la primatóloga y ecologista Jane Goodall constató hace más de diez años que hemos “creado una barrera entre nosotros y la Tierra”⁶, perdiendo poco a poco el contacto con el planeta, hay que entenderlo en un sentido literal: tanto cuando nos desplazamos por el cielo como por la tierra en el mundo metropolitano de asfalto, no pisamos, o sólo rara vez, el suelo de donde provienen los alimentos, que unos pocos sacan de los campos y huertos, muchas veces por un sueldo indigno, mientras otros muchos lo van a comprar en los supermercados sin que estén cubiertos de un gramo de tierra ni olor a ella. En muchos sitios, ya cultivan y fabrican alimentos sin que hayan estado en contacto con la Tierra y los rayos del sol.

Aparte de basarse en unas condiciones laborales desfavorables para los que trabajan, el capitalismo global, que aprovecha cualquier ocasión para hacer dinero y acumular riqueza —fíjense en la coyuntura actual del mercado de mascarillas protectoras— deja una huella ecológica inmensa sobre la Tierra. La sobreproducción de bienes y las importaciones desorbitantes a nivel mundial acaban debilitando y destruyendo los ecosistemas. Si no encontramos formas sostenibles y solidarias de establecer un intercambio más equilibrado e igualitario entre las grandes ciudades del mundo y las localidades de producción más cercanas, es previsible que la contaminación, el empobrecimiento y la temperatura de los ecosistemas y los hábitats humanos sigan aumentando aún más en el futuro.

Para llegar a dañar la superficie de la Tierra con tanta vehemencia como sólo los humanos, entre todos sus habitantes, han sido capaces hace falta primero cortar el contacto con ella. Como cualquier otro acto violento, saquear y agotar los ecosistemas de la Tierra presupone un distanciamiento que impide al sujeto violento percibir y notar a su víctima como otra cosa que un medio o un recurso a explotar. Si los primeros promotores de la revolución industrial en el siglo XVIII fueron, hasta cierto punto, ignorantes de las consecuencias globales de sus acciones porque pensaban, sin ningún fundamento, que la Tierra era una fuente inagotable de riqueza y reservas, los defensores actuales del paradigma neoliberal tienen tanta información sobre el estado precario del mundo que no pueden escudarse detrás de una vela de ignorancia. Su aspiración por seguir creciendo y llegar más lejos, sea para enriquecerse o para conseguir más poder, les lleva a alzarse por encima de la Tierra para explotarla y destruir sus hábitats naturales.

La Tierra, sus océanos, sus fluviales y sus humedales, sus bosques, su flora y su fauna no tienen prioridad en el paradigma neoliberal que se centra en crear valores intangibles ligados a información, conocimientos, sentimientos y relaciones sociales.

⁵ Virillo, P., *Speed and Politics: An Essay on Dromology*, New York, Semiotext(e), p. 73.

⁶ Goodall, J., *Otra de manera de vivir*, Lumen, Barcelona, 2007, p. 23.

¿Cómo van los países supuestamente más desarrollados a prestar atención a un peligro, como el virus nuevo, que emerge del modo en el que explotan y destruyen la Tierra? En un principio, no van a tomar en serio el peligro porque su prioridad es el crecimiento sin límites, pero desde que se han dado cuenta del peligro real, han tenido que empezar a cuidar al propio fundamento para crecer, la vida y las personas.

Otra razón por la respuesta tardía a la pandemia de muchos países es la falta de coordinación y colaboración internacional: mientras las economías forman parte del mercado global, lo cual incluye el tránsito incesante de productos y de personas, la política sigue siendo un asunto principalmente nacional que puede, como en el caso de la unión europea, estar más o menos integrado dentro de una organización transnacional.

No obstante, la Unión Europea tampoco dio una respuesta acertada y coordinada a tiempo, cuando irrumpió el virus en Europa entre enero y febrero. En aquel momento cada estado tuvo que encontrar, por su cuenta, una solución local a un problema que era y sigue siendo global. Como el virus se propaga por las mismas vías que emplea la globalización, cada estado ha tenido que cortar, repentinamente, la conexión por tierra con el resto de los estados, ya que su relación con ellos no está calibrada con circunstancias tan cambiantes y potencialmente catastróficas como las que vivimos ahora y las que también vivimos hace unos años con las multitudes de refugiados que intentaban escapar de las guerras en el Oriente Medio, sobre todo en Siria, para entrar en Europa. En ambos casos los países europeos han mostrado su impotencia y su incompetencia al ser forzados a cerrar sus fronteras.

Hacia una solidaridad global

Los procesos expuestos de la globalización surgen de la desconexión y el consiguiente desajuste entre la mayor parte de la humanidad y la vida en su forma más básica en la Tierra. Los estados más ricos no sólo han creado condiciones que les permiten vivir por encima de sus posibilidades, a expensas de muchas minorías en situación precaria que no tienen o apenas tienen medios para subsistir. A eso hay que añadir lo que supone mantener durante décadas niveles de consumo que superan los recursos y la capacidad de la Tierra para absorber el impacto humano. Mientras los más privilegiados pueden vivir en su nube, conectados al *cloud*, pero desconectados de la Tierra, la realidad que se presenta o se aproxima a los menos privilegiados, que incluyen a muchos animales salvajes, es la deforestación, mares contaminados y elevados, pobreza y empobrecimiento de las tierras, pérdida de hábitats, exposición a nuevas patologías y a la extinción.

La única manera consistente de contrarrestar estos procesos nocivos, vinculados a una globalización desmesurada, es reconectar toda la humanidad desde abajo con la Tierra y sus riquezas como fundamento. Como vivir en la Tierra también tiene sus peligros, una política que prioriza y promueve una convivencia sostenible con la naturaleza se fundamentaría en el respeto de sus límites, la previsión de desastres naturales y la solidaridad con los más necesitados. Es evidente que sin cuidar la vida en la tierra como lo que tiene que darnos sostén a nosotros y a futuras generaciones las sociedades venideras se volverán aún más insostenibles. En vez de proyectar, por precios astronómicos, viajes al espacio para colonizar otro planeta del sistema solar, haría falta, para defender la vida en la Tierra, cultivar una solidaridad global que vuelve

a tocar Tierra en el sentido de aterrizar, bajando de la *nube*, y recuperar el contacto con ella para convertirla en un lugar verdaderamente habitable para todas las formas de vida presentes en ella.

Con la expresión de *tocar tierra* nos referimos a algo tan tangible como tener tacto y contacto con el planeta en la manera delicada en la que extraemos materia prima de sus suelos, en cómo nos desplazamos por su superficie y cómo habitamos sus espacios. En su libro *Down to Earth* o, en francés, *¿Dónde aterrizar?*, Bruno Latour ha llamado la atención sobre los múltiples efectos de la globalización de no regular el sistema financiero, cuyos valores se han vuelto intangibles, y de negar rotundamente los cambios climáticos, que, al contrario de los valores financieros, se hacen cada vez más tangibles, transformando muchas zonas en la Tierra en lugares prácticamente inhabitables a causa de la contaminación, la pobreza y la meteorología extrema. Muchas de las llamadas élites han optado por “abandonar todo tipo de solidaridad”⁷ y alejarse del mundo común, aislándose en muchas ocasiones, sobre todo en las crisis, detrás de sus muros. Para Latour la salida del mundo ilusorio de la globalización, que “nunca ha tenido su fundamento en ninguna realidad, ninguna materialidad sólida”⁸, pasa por aterrizar en un lugar concreto que no es ni puramente global ni local, sino más bien común en la medida en la que ofrece bienes que acaban siendo compartidos por sus habitantes a través de sus actividades en lo Terrestre.

Como respuesta a la crisis del COVID-19, pensadores de ámbitos y enfoques muy distintos han coincidido con Latour en hacer un llamamiento para construir una solidaridad global que evita los efectos nocivos de la globalización. Yuval Noah Harari ha resaltado las colaboraciones internacionales de compartir esfuerzos, información, conocimientos y materiales como la única respuesta viable para hacer frente al desafío viral y hacer que la pandemia dure menos y haga menos daño posible. ¿No son estas colaboraciones también fruto de la globalización? Harari considera que la globalización ha beneficiado a la humanidad, mejorando la seguridad, la protección y la salud de la mayoría de las personas, pero no tiene en cuenta a la parte más desatada y acelerada de la globalización que está detrás de la pandemia actual y expone todo el mundo a contagiarse y sufrir las consecuencias laborales y económicos después.

Aunque Harari principalmente defiende impulsar la solidaridad en un contexto internacional entre estados, también tendría sentido y relevancia fomentarla dentro de cada país, ligándola a la confianza mostrada entre ciudadanos que se ayudan mutuamente y colaboran en un intento sostenido de mantener la pandemia a raya. Esto supone, aprovechando el argumento de Thomas Piketty, un estado social que da prioridad a las instituciones públicas de sanidad y educación para acabar con las desigualdades bajo y después de la crisis, y que también proporciona a sus ciudadanos, especialmente a todos los que se exponen al virus en sus trabajos, medios suficientes de protección. En España tanto lo uno, la sanidad, como lo otro, la educación, ha sido socavado por recortes repetidos desde la crisis de 2008, lo cual ha dejado sobre todo a una gran parte del personal sanitario indefenso frente al virus.

El filósofo surcoreano Byung-Chul Han considera que algo tan básico como disponer de suficientes mascarillas desde el primer día de la pandemia junto con la

⁷Latour, B., *Down to Earth. Politics in the New Climatic Regime*, Polity, Cambridge, 2018, p. 18-19.

⁸ *Ibid.*, 39.

voluntad expresa de los ciudadanos de ponérselas ha sido el gran mérito de su país frente al Occidente que ha fallado en no suministrar material protector suficiente a sus ciudadanos y mostrarse incapaz de solicitarlo a tiempo. La pandemia es una señal clara de que no hemos dejado de estar en contacto con la Tierra y todo lo que pulula de allí. Lo que ocurre es que como los procesos acelerados de la globalización desvían la atención hacia otras cosas que no son sólidas ni solidarias es demasiado fácil perder de vista a lo que estamos expuestos. Existir en la Tierra significa estar expuesto corporalmente a mancharnos y contagiarnos en cada momento de nuestras vidas. De hecho, ya estamos “contagiados” o “infectados” de millones de microbios que habitan en nuestro interior. La mayoría de ellos nos ayudan a sostener la vida, mientras otros nos causan daño y modifican nuestra estructura celular. La pandemia muestra que aún no somos una civilización verdaderamente ilustrada y solidaria que invierte la mayor parte de sus recursos en prevenir contra lo que puede desmontar el fundamento de nuestras culturas, dejando expuesto a los más débiles de nuestras sociedades.

En vez de emplear e invertir en más tecnología de vigilancia a los ciudadanos y de protección contra los virus digitales, habría que dar la vuelta al paradigma actual, fomentando la ayuda cívica entre ciudadanos y aumentando, en vez de recortar, las inversiones en recursos médicos para encauzar y hacer frente a futuras pandemias y patologías mundiales. A pesar de estar todos expuestos al COVID-19, no estamos todos en el mismo barco, como ha proclamado Slavoj Žižek, puesto que algunos se encuentran en tierra firme, mientras otros están en alta mar, como él mismo también resalta y añade: para salir de la crisis pandémica no sólo hace falta promover la colaboración global y la confianza ciudadana, sino también la confianza entre el estado y sus ciudadanos que conforman un grupo heterogéneo con distintas necesidades. Si no lo conseguimos, podemos acabar como China donde el régimen desconfía de su “súbditos” y aprovecha su poder para controlar y suprimir las voces y las acciones que discrepan de sus órdenes.

Una solidaridad global consiste en permitir la existencia de una *heteroglosia social*, por utilizar el término de Mikhail Bakhtin⁹, lo cual implica mostrar respeto hacia quienes no hablan el mismo lenguaje que yo y discrepan de mí. Viendo la xenofobia y el odio que hay en el mundo, no va a ser fácil alcanzar este objetivo. Para transformar esta realidad requiere un cambio de *ethos*, es decir de cómo nos vemos y entendemos a nosotros mismos en relación con los demás: ¿Nos vemos únicamente como competidores, estados metidos en una rivalidad continua, que tienen que luchar por los recursos de la Tierra y por ganar la carrera del progreso? ¿O seremos capaces de vernos como colaboradores que aspiran a resolver nuestras diferencias y llegar a acuerdos para convivir pacíficamente, aunque no vamos a estar de acuerdo en todo y disolver lo que nos distingue a cada uno?

Hans-Georg Gadamer concluía uno de sus últimos ensayos sobre ética y filosofía práctica con la observación de que no es la tecnología ni el derecho ni los llamados “valores” que sostienen y mantienen unida toda una sociedad, sino el tipo de solidaridad que atraviesa toda interacción humana lograda y que “hace referencia a la dimensión más amplia de bienes comunes (*Gemeinsamkeiten*), en las que se basa la vida social como tal y sin las cuales ningún orden institucional de convivencia, sea

⁹ Bakhtin, M. M., *The Dialogic Imagination*, The University of Texas Press, Austin, 1981, pp. 263-64.

constitucional, jurídica o administrativa, puede cumplir su función”.¹⁰ Siguiendo a Gadamer, la pregunta que vale la pena hacerse hoy es si podemos incluir entre los “bienes comunes” todo lo que compartimos entre los habitantes de la Tierra y convertir así a la hermenéutica filosófica en una visión verdaderamente global, diferenciada y plural en su enfoque y en su intención. Sería una visión que nos llevaría a retomar el contacto con la Tierra y la vida en toda su variedad y riqueza para poder desarrollarnos como humanidad de una manera respetuosa y solidaria, atentos tanto a los límites como a los nexos que nos vinculan con los ecosistemas y los ecúmenos de los que formamos parte.

La actualización del concepto de solidaridad gadameriana bebe de la antigua ética griega de *philia* o de la amistad, sobre la cual el filósofo de Heidelberg insistía que había formado la “medida” (*Maß*) para desarrollar sus estudios hermenéuticos desde su primera lección inaugural en Marburgo en 1929 hasta sus últimos trabajos sobre la solidaridad.¹¹ El intento sostenido de Gadamer tenía como finalidad pensar lo común, que no es exclusivamente mío ni tuyo, sino un bien compartido y comprendido en un intercambio dialógico, cuyo fundamento no es lingüístico ni dialógico: “la posibilidad de llegar a entenderse a través de la comunicación está sujeta a condiciones, que no pueden ser generadas a través del diálogo, sino que constituyen una solidaridad anterior.”¹²

Como la amistad, la solidaridad engloba a relaciones entre personas que son distintas y no hablan y piensan de la misma manera, de ahí el concepto de *heteroglosia*, pero entre cada una de ellas existe suficiente respeto, confianza y compasión hacia el otro como para llegar a entenderse. Lo que hemos propuesto aquí es empezar a pensar esta solidaridad anterior desde el tacto y el contacto con todos los habitantes de la Tierra, incluyendo a otros seres vivos, lo cual presupone un ritmo desacelerado y unos límites tangibles. La pandemia nos muestra que formamos una comunidad entre todos con la Tierra como base y que si seguimos con la extinción masiva de la biodiversidad acabaremos destruyendo también a nosotros mismos.

¹⁰ Gadamer, H.-G., “Zu Problemen der Ethik”, en *Gesammelte Werke 4*, J. C. B. Mohr (Paul Siebeck), Tübingen, 1987, pp. 214-15.

¹¹ Gadamer, H.-G., “Subjektivität und Intersubjektivität, Subjekt und Person”, en: *Gesammelte Werke 10*, J. C. B. Mohr (Paul Siebeck), Tübingen, 1995, pp. 95-97. Véanse también “Freundschaft und Solidarität” en *Hermeneutische Entwürfe*.

¹² Gadamer, H.-G., “Replik zu Hermeneutik und Ideologiekritik”, en: *Gesammelte Werke 2*, J. C. B. Mohr (Paul Siebeck), Tübingen, 1993, p. 267.

BIBLIOGRAFÍA

- ARRIBASs, Brais G., “El acontecimiento de nuestro tiempo: algunas lecciones éticas”, en: *Pandemia, globalización y ecología*, 2020.
- BAKHTIN, M. M., *The Dialogic Imagination*. The University of Texas Press, Austin, 1981.
- DOUGLAS, Ian R., “Globalization as Governance: toward an archaeology of contemporary political reason”, en: *Globalization as Governance* (ed. A. Prakash y J. A. Hart). London and New York: Routledge.
- GADAMER, H.-G., “Replik zu Hermeneutik und Ideologiekritik”, en *Gesammelte Werke 2*, J. C. B. Mohr (Paul Siebeck), Tübingen, 1993.
 - “Zu Problemen der Ethik”, en *Gesammelte Werke 4*, J. C. B. Mohr (Paul Siebeck), Tübingen, 1987.
 - “Subjektivität und Intersubjektivität, Subjekt und Person”, en *Gesammelte Werke 10*, J. C. B. Mohr (Paul Siebeck), Tübingen, 1995.
 - “Freundschaft und Solidarität”, en *Hermeneutische Entwürfe*, J. C. B. Mohr (Paul Siebeck), Tübingen, 2000.
- GOODALL, J., *Otra de manera de vivir*, Lumen, Barcelona, 2007.
- GOSALVEZ, E., “How Habitat Destruction Enables the Spread of Diseases like COVID-19”, NC State University, el 22 de abril de 2020, <https://cnr.ncsu.edu/news/2020/04/habitat-destruction-covid19/>
- HAN, Byung-Chul, “La emergencia viral y el mundo de mañana”, *El País*, el 22 de marzo, 2020. <https://elpais.com/ideas/2020-03-21/la-emergencia-viral-y-el-mundo-de-manana-byung-chul-han-el-filosofo-surcoreano-que-piensa-desde-berlin.html>
- HARARI, Y. N., “The world after coronavirus”, *Financial Times*, el 20 de marzo de 2020, <https://www.ft.com/content/19d90308-6858-11ea-a3c9-1fe6fedcca75>
- JEREMÍAS, C., “¿Es excepcional la pandemia del covid-19? Notas sobre la existencia contemporánea”, en: *Pandemia, globalización y ecología*, 2020.
- LATOUR, B., *Down to Earth. Politics in the New Climatic Regime*, Polity, Cambridge, 2018.
- OÑATE Y ZUBÍA, T., “Cultura o barbarie: el dolor del ser”, en: *Pandemia, globalización y ecología*, 2020.
- PIKETTY, T., “L’urgence absolue est de prendre la mesure de la crise en cours et de tout faire pour éviter la pire”, *Le Monde*, el 10 de abril de 2020.
- ROSA, H., *Beschleunigung*, 11. ed., Frankfurt am Main: Suhrkamp, 2016.
- SHIELD, C., Coronavirus pandemic linked to destruction of wildlife and world’s ecosystems, *Made for minds*, el 14 de abril de 2020, <https://www.dw.com/en/coronavirus-pandemic-linked-to-destruction-of-wildlife-and-worlds-ecosystems/a-53078480>
- SOTIRIS, P., “Against Agamben: Is a Democratic Biopolitics Possible?”, en *Viewpoint Magazine*, el 20 de marzo de 2020: <https://www.viewpointmag.com/2020/03/20/against-agamben-democratic-biopolitics/>
- VIDAL, J., “‘Tip of the iceberg’: Is our destruction of nature responsible for Covid-19?” *The Guardian*, el 23 de marzo de 2020, <https://www.theguardian.com/environment/2020/mar/18/tip-of-the-iceberg-is-our-destruction-of-nature-responsible-for-covid-19-aoe>
- VIRILLO, P., *Speed and Politics: An Essay on Dromology*, New York, Semiotext(e).

- ŽIŽEK, S., *Pandemic*, New York and London, OR Books, 2020.